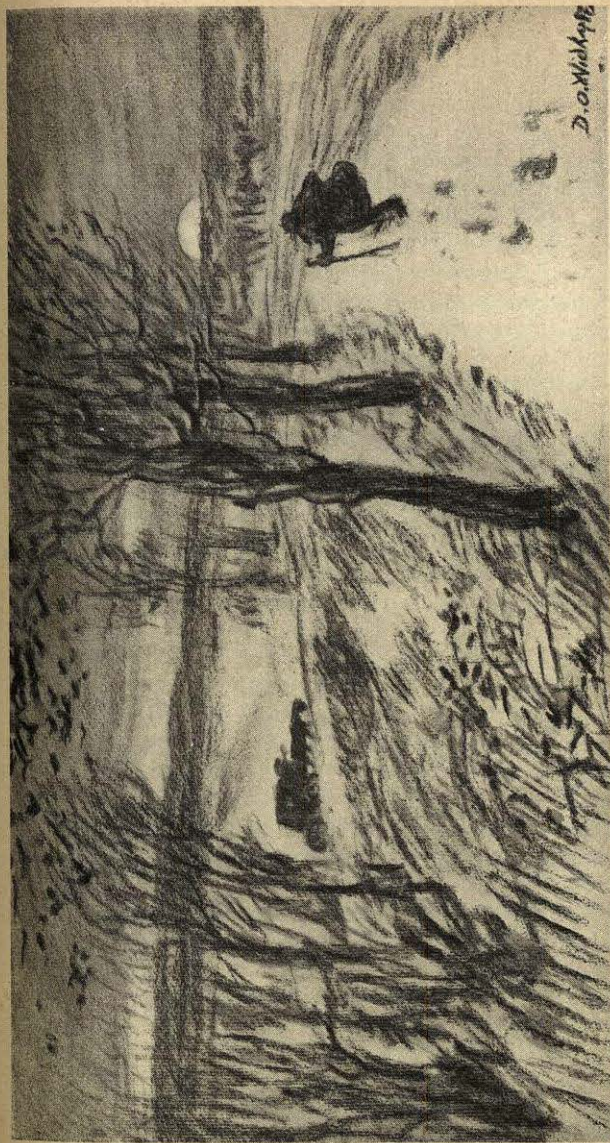


CUARENTA años han transcurrido entre el día de Navidad en que escribo estos renglones (1833) y aquel cuya angustia quiero pintar (1793). Sin embargo, ninguna de las emociones pasadas entonces se ha borrado de mi espíritu. No tengo más que cerrar los ojos para volver á ver distintamente, un llano cubierto de nieve entre montañas, un camino desierto donde raros transeuntes y más escasos caballeros caminan entre árboles desnudos bajo un cielo lívido en donde el sol recorta un disco rojo. Vuelvo á ver un coche rodando á través de este melancólico paisaje, siniestro como la atmósfera que reinaba entonces en Francia. Este vehiculo traqueteaba en un suelo cuyos baches denunciaban la incuria de la Revolución. Llevaba dentro á un hombre de treinta años y á una joven de veinte. Este hombre, hijo mío, era tu padre y esta mujer tu madre. Estaba en víspera de darte á luz. Su estado de preñez avanzada le hacía muy doloroso este viaje. Á cada sacudida sus facciones se descomponían como si fuera á morir. Cerrábanse sus párpados cubriendo sus pupilas mojadas de lágrimas. Luego su voluntad de no aumentar mis angustias, le daba el valor de sonreirme y me decía :

— No se atormente, amigo mío. Diga usted al cochero que anime á los caballos. Dios nos protege desde nuestra salida. No permitirá que fracasemos antes de llegar...

En efecto, era bastante extraordinario que hubiéramos pasado sin haber sido inquietados desde Fleury le Tours hasta la pequeña ciudad del Franco Condado á la cual nos acercábamos. Era Morteau, á ocho leguas solamente de Locle, á menos de un día de Chaux de Fonds y de Suiza. Habíamos escogido, para salir de Francia, este



... un llano, cubierto de nieve, entre montañas... (pág. 136).

camino indirecto después de haber tomado ostensiblemente la ruta natural, la de Chalons y de Nancy. Me acuerdo. Mientras que avanzábamos penosamente helados por el frío de esa tarde en nuestro coche, comprado de lance y mal cerrado, espiando sin aparentarlo la fisonomía de cada transeunte ¡con qué remordimiento me reprochaba el no haber emigrado antes! No es que me hubiera dejado adormecer, como tantos insensatos, con las ilusiones de la noche del 4 de Agosto. Siempre pensé que la tempestad desencadenada sobre el país sería implacable y que alcanzaría también á mí y á los míos. Pero el 91 había encontrado á la señorita de Miossens. Me había enamorado de ella y no me marché. Enriqueta no tenía padre. Habitaba con su madre enferma una pequeña quinta, no muy lejana de la mía. En seguida me consideré como el protector de estas señoras. Además, ni ellas ni yo habíamos sido amenazados. Pedí la mano de Enriqueta, tuvieron lugar los esponsales, luego nos casamos. Estos acontecimientos nos habían llevado, de semana en semana, hasta el terrible mes de Enero : la ejecución del Rey inauguró verdaderamente esta crisis de universal consternación, con tanta justicia llamada *el Terror*. En cuanto se conoció la horrible noticia, dije : « Es preciso partir. » En aquel mismo momento, la señora de Miossens se había puesto peor. La parálisis la hacía intransportable. Nos quedamos. No tuve el valor de demostrar á su hija que obrando así nos perdíamos sin esperanza de salvar á su madre. La enferma murió en agosto. Libres ya, habíamos dilatado la partida al ver esta vez que Fleury seguía siendo ignorado por los jacobinos de Nemours. Ocurría con él como con Dampierre y unas cuantas moradas señoriales algo apartadas, en comarcas donde no había ningún cabecilla muy enérgico. Las leyes acerca de los bienes de los emigrados eran implacables. No teníamos otra fortuna que nuestras dos casas con sus dependencias. En vísperas de tener el primer hijo, Enriqueta había vacilado en arruinarlo de antemano. Muy religiosa, quiso ver una protección de la Providencia en la excepcional tranquilidad en la cual estábamos viviendo. Cedió á su deseo de no dejar nuestra morada. ¡ Cuánto me lo reprochaba ahora ! El rayo nos había despertado de

esta imprudente quietud. Un representante del pueblo había amanecido un día en Nemours. Se había hecho entregar la lista de los propietarios de la ciudad y de los contornos. Era una lista de proscripción ya dispuesta. Un viejo servidor de mi familia se había enterado de ello : órdenes de comparecer iban á lanzarse contra los sospechosos y naturalmente contra mí primero. La urgencia del peligro no me había permitido vacilar y por eso nos hallábamos en el camino de Suiza esa tarde de fines de Diciembre. Un pasaporte á nombre del ciudadano y ciudadana Chardon, procurado por el fiel criado, nos había favorecido en las etapas de este largo y peligroso viaje. Este documento provisto del sello de la municipalidad de Nemours me calificaba de ciudadano suizo que volvía á su país á causa de la salud de su mujer. Lo burdo del ardid había asegurado el éxito hasta la presente. ¿Cómo imaginar que un duque de Fleury no hubiera tomado más precauciones para despistar á los sabuesos lanzados en su persecución? ¿Al acercarse á la frontera bastaría este mísero pedazo de papel? Me lo preguntaba con un terror creciente, mientras buscaba en el horizonte la silueta de la pequeña villa de Morteau á donde iba á desarrollarse el último acto del drama de nuestra salvación... Á eso de las cuatro se dibujó sobre el fondo casi negro del cielo. La masa sombría de las casas ofrecía un aspecto tan extrañamente siniestro, que mi aprensión de afrontar allí el último examen de mi falso pasaporte, se hizo intolerable. El deseo de substraerme á ello me inspiró la idea, la más eminentemente irracional que pude concebir :

— ¿Te sientes capaz de andar dos horas? pregunté á mi compañera.

— Sí, contestó ella. La expresión de sus ojos hubiera debido prevenirme. Pero en esas fiebres de la huida no se ve más que el fin posible.

— Este será el último esfuerzo, dije. Es necesario. Al mismo tiempo, con golpecitos en los cristales, mandaba al cochero que parara. Había contratado á aquel mozallete por su cara de palurdo, en Dijon, al comprar el coche. ¿Qué pensaría de los viajeros que llevaba de este modo? Me lo preguntaba á menudo y me había portado de manera que disipase lo mejor posible sus dudas, si

alguna concebía. Era una locura desmentir de repente esta actitud al llegar casi al término del viaje. Sin embargo, fué lo que hice bajando del coche á media legua quizás de Morteau, y le declaré :

— No necesito ya su servicio, amigo mío. Mi mujer y yo preferimos seguir el camino á pie. El coche es de usted con los caballos, y además esto (y le puse en la mano un luis), si se marcha usted por este lado. (Le señalé el camino por el cual habíamos venido.) Si no... (saqué de mi bolsillo una pistola, que amartillé con ademán resuelto.) El infeliz se echó á temblar :

— Le obedeceré, señor, contestó; le obedeceré...

— Hay que marchar al instante, insistí. Tengo su nombre de usted. Le escribiré á donde debe dirigir los objetos que quedan en el coche. Si dentro de seis meses no ha recibido usted nada, guárdese todo.

El hombre dió las gracias balbuceando. Me ayudó con mano aún temblorosa á colocar en mis hombros una especie de mochila que contenía algunas prendas indispensables. En el cinturón tenía yo unos diez rollos de oro y algunos diamantes. Él volvió á subir al pescante sin atreverse casi á hablarme. Seguía yo con la pistola en la mano. Los caballos volvieron grupas con la postración propia de bestias fatigadas que contaban ya con descansar en la cuadra. Pero el que los conducía estaba ya tan impaciente por hallarse fuera del alcance de mi arma, que encontró el medio de lanzarlos al trote largo. Estábamos solos, la señora de Fleury y yo. Ya no teníamos más que andar contorneando la ciudad para llegar á Suiza. Me dijo : « Estoy dispuesta. » Y principiamos á dirigirnos hacia Morteau con la intención de oblicuar por la primera senda á la derecha ó á la izquierda, para volver á tomar el camino por otro lado.

II

No habíamos andado quinientos pasos cuando se hizo más lenta la marcha de mi compañera, probándome de este modo que su voluntad había contado demasiado con sus fuerzas : « No puedo más » dijo, y dejándose caer en una piedra rompió en sollozos.

— Sufro demasiado, gimió. Había colocado sus manos en la cintura. Aunque estuviera envuelta en un abrigo, la deformación de su pobre cuerpo, era demasiado visible para que esta exclamación y este gesto no dieran á este grito de dolor el significado de una amenaza, en la cual no había querido yo pensar. Enriqueta estaba terminando el octavo mes de su embarazo. ¡ Si fuera á dar á luz antes de término, aquí con este viento frío, en esta nieve endurcida, lejos de todo socorro !... Procuré levantarla para llevármela; ¿dónde?... ¿dónde?... ¡ Hacia la ciudad cuya silueta erguida en el horizonte me había aterrorizado hacia poco y que me parecía ahora como el asilo donde á lo menos mi bien amada tendría un techo donde cobijar su cuerpo tembloroso, una cama para estirar sus miembros sacudidos por el gran trabajo, pañales para recibir á nuestro niño si debía nacer ! Yo era robusto entonces y joven. Le dije que asegurase sus brazos á mi cuello y anduve otros doscientos pasos con este adorado fardo... Y luego sentí mi propio vigor desfallecer. Tuve que pararme.

— Ya lo ves, dijo ella cuando la hube posado en tierra otra vez, y con voz tan débil que á penas se la oía : ¡ Ya ves como es imposible ! Abrázame, mi alma, y dime adiós... Sí, á Dios, repitió separando ambas palabras. Déjame á Él que me salvará si quiere salvarme, y si no lo quiere sabe por qué y haré el sacrificio... Pero tú, vete;

¡vete, amor mío! ¡Qué no te cojan, que no te aten las queridas manos tuyas! Que no te... Arrodillado delante de ella procuraba calmarla. El gesto apasionado con el cual apretó mi cabeza contra su pecho tenía horrenda elocuencia. Estaba viendo la guillotina y la cuchilla. ¡Vamos, adiós... y vete!

— No, le contesté, no te dejaré... ¿Pero qué hacer?

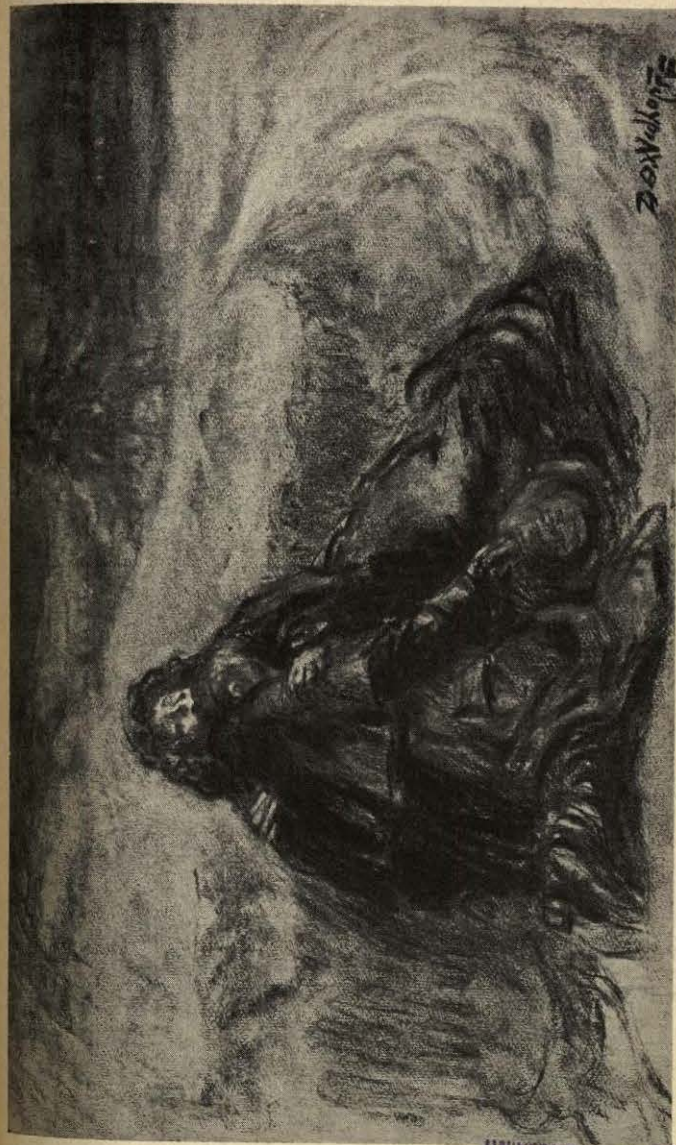
— Partir, insistió ella; escapa tú á lo menos...

— Sí, exclamé, pero contigo... Escucha... Un ligero ruido de cascabeles se oía á lo lejos. Es un coche que se acerca. Nuestro hombre vuelve para ir á denunciarnos. ¡Ah, si fuera él! ¡Pero cualquiera que sea tendrá que tomarnos!

¡Así, menos de una hora después de haber rechazado, con riesgo de la vida, un coche que era mío y un cochero del cual estaba casi seguro, iba, como un bandolero, á detener en medio de la noche el vehículo de un viajero desconocido con el cual regularmente tendría que batirme! La incoherencia de mis resoluciones en circunstancia tan grave, hubiera merecido un castigo. Me fué perdonada. Ocurrió que este viajero era una mujer de cierta edad que volvía á la ciudad, temiendo también un mal encuentro, al trote de un pobre animalucho, en un carrillo cargado de legumbres. Cinco minutos de conversación bastaron para que adivinara la verdad:

— Suba usted, señora, dijo á Enriqueta después de las primeras frases, y usted también, caballero, pero no conteste en la barrera; se conocería que no era usted de aquí, ni de Suiza, añadió. Diré que son ustedes primos míos... Los llevaré á casa de mi hermana que los alojará. Antes de marcharse su amo le ha recomendado que recoja estos discursos de la tía Poirier — y escribir este humilde nombre — como testimonio de que quedaba aún gente honrada en lo que había sido el dulce país de Francia. Si se hubieran atrevido á sublevarse todos, hombres y mujeres y obrar en conjunto, ¡qué pronto hubieran echado

(1) *Ci-devants* (que fueron antes) nombre con que se designaba en la época del Terror á los nobles. (N. del T.)



El gesto apasionado con el cual apretó mi cabeza contra su pecho... (pág. 142).

á los bandidos del poder — un puñado, y tan cobarde! Demasiado se vió cuando se encontraron frente á Bonaparte. Pero en 93 la gente honrada no sabía otra cosa más que morir y perdonar. La tía Poirier debía darme de ello una prueba estupenda en el acto,

— ¿Quién es el amo de la hermana de usted? le pregunté al tiempo que arrancaba el carrito. Yo no había protestado contra la palabra *ci-devants*. ¿De qué me hubiera servido el discutir con la hortelana? Estaba á merced de ella.

— Era el señor François, párroco de Morteau, contestó la mujer.

— ¿Y se ha marchado? interrogué.

— Lo arrestaron, señor, y lo han guillotinado.

La señora de Fleury dió un grito y se apretó contra mí. La tía Poirier, preocupada con dirigir bien su caballo, en la obscuridad que había llegado por fin, no reparó en estos dos ademanes reveladores de un espanto que aumentó al oírla proseguir :

— Sin embargo no son muy malos en Morteau, pero ahí... está Raillard...

— ¿Quién es Raillard? pregunté.

— ¿No lo conoce usted? Es verdad; no es usted de aquí; pero se dice que hace todo lo que quiere hasta en París. Es el médico... O era... rectificó. Casi nadie se dirige ya á él, sino al señor Couturier.

— ¿Es el señor Raillard jefe de los jacobinos de Morteau? insistí. ¿Es el presidente del club?

— Entonces ¿cómo hace usted como si no lo conociera? dijo, y en la obscuridad vi en los ojos de la campesina un relámpago de desconfianza. ¡ La hermana de la sirvienta del cura guillotinado, sospechando de espionaje al duque de Fleury! ¡ que simbolo de una época cuya característica más triste fué ésta; los perseguidos, evitándose unos á otros! Esta impresión no se desvaneció más que cuando se franqueó la puerta del villorrio y cuando la tía Poirier hubo advertido, en el temblor casi convulsivo de mi mujer, que éramos realmente fugitivos entregados á las angustias de un mortal peligro.

— ¡ Caramba, señora, exclamó ingenuamente. No es muy gracioso decirlo; pero me ha gustado comprender

que tenía usted miedo cuando he gritado al guardia: ¡son mi primo y mi prima!... ¡ Si supieran lo que les he dicho acerca de Raillard, me mandarían á reunirme con el bueno del señor François, y yo tengo un marido y dos niños y quisiera ver con ellos mejores tiempos!... Pero nos estamos acercando á casa de mi hermana. Á ésta la dejan ellos tranquila porque ha sido hermana de leche de la difunta señora Raillard. Por este motivo *él* no la ha hecho arrestar... Ha sido un buen hombre antiguamente, ¡ y sabio!... Será la pena de esta muerte la que le habrá alterado la cabeza y luego estas nuevas ideas. No bebe más que agua este hombre; no come, no vive más que para los libros que llenan sus dos habitaciones. ¡ Vaya usted á ver! ¡ estudiar tanto para llegar á ser tan malo! Mire usted, señor, mire usted á Juanito, dijo señalando á su caballo con la punta del látigo. No sabe leer y sin embargo conoce todo lo que necesita saber... Esta es la puerta de mi hermana; ya ve usted; se para él sólo. Yo no muevo las riendas. Sí, hombre, has llegado... Vas á comer el pienso dentro de un cuarto de hora.

A mi me tocaba el temblar ahora. Á través de esta conversación ingenua había entrevisto el tipo más temible de los revolucionarios de entonces y de todo tiempo — el fanático de ideas, hombre honrado en su vida privada, hasta delicado y sensible. La pena que este Raillard había sentido al enviudar, era prueba de ello. Y luego cuando se trata de aplicar su sistema de ideas, la vida ajena no cuenta para ellos. En cuanto á explicar por el recuerdo de su mujer muerta, la especie de tolerancia otorgada por aquél á la sirvienta del sacerdote François, esta hipótesis podía servir para simples como la tía Poirier. Era muy probable que la casa de la señorita Bouveron — así se llamaba la solterona — sirviera de ratonera. Una estrecha vigilancia debía espiar las idas y venidas de todos los visitantes. Tengo empeño en repetir que ni en ese momento ni luego las dos medio hermanas — ese era su grado de parentesco — hubieran tenido idea de semejante papel. Eran dos leales y lastimosas criaturas. ¡Dios tenga sus almas y les deseo que hayan recibido en el cielo la recompensa del buen Samaritano! Emisario ó no de la policía jacobina, ya no tenía yo medio de elegir. Los sufrimientos agudos de los cuales mi mujer se quejaba en el camino, se habían calmado algo en el carro. La acogida de la Bouveron, que nos recibió como si hubiéramos sido realmente mandados por el señor François, pareció darle valor. Esta calma no duró mucho. En cuanto Enriqueta estuvo sentada junto á la lumbre, empezó otra vez á gemir. Su contestación á mis preguntas me convenció de que no me había engañado en mis presentimientos. Un parto prematuro se estaba preparando y sin duda para

aquella noche. Expliqué mis temores á nuestra huésped y le pedí la dirección de una partera. No quedaba ninguna en Morteau. De las dos que ejercían todavía el año anterior una había sido guillotínada, la otra huyó. Estaba, pues, obligado á dirigirme á un médico, al señor Couturier que había tomado la clientela de Raillard. ¿Quién era? Tomé el partido de ir á su casa en persona y en seguida. Quería ver con mis propios ojos al hombre á quien iba á confiar el cuidado de traer al mundo mi primogénito, quizás un varón, el heredero de mi nombre. No hallo palabras para traducir la emoción que me oprimió el corazón cuando la puerta del médico se abrió al llamar á ella. Veo la calle empinada y con una capa de nieve donde se elevaba esta morada del médico de provincia y el vestido obscuro de la niña que me habían dado como guía. Veo el pedazo de cielo que aparecía entre los techos y, sobre todo, oigo el acento de un ama de llaves, que no aparecía sin duda por prudencia, y contestó á mi pregunta formulada en el vocabulario obligatorio :

- El ciudadano Couturier no está en casa.
- ¿Cuándo volverá? pregunté.
- No antes de mañana, volvió á decir la voz. Partió esta tarde al Valdahon á ver á uno de sus clientes que está muriéndose. Lo velará la noche entera...
- Pero se trata de una persona que no puede esperar tampoco. Mi mujer está de parto. ¿Qué distancia hay de aquí al Valdahon?
- Ocho leguas y media. No vale la pena de ensayar. Es preciso el caballo del doctor para viajar de noche por caminos como éstos. Luego no dejaría al enfermo. Ha aplazado sus visitas de mañana para estar libre...
- ¿Pero á quién se dirige uno en los casos urgentes? insistí. ¿No tiene el señor Couturier á nadie para substituirle cuando haya apremio y se encuentre ausente? En caso de peligro, ¿á quién hay que dirigirse?
- Al ciudadano Raillard, contestó la mujer. Se le ahogaba la voz al pronunciar este nombre que me heló más que la tramontana de aquella noche en la cual había salido sin abrigo. La sirvienta había bajado unos escalones. La lámpara, que elevaba por encima de su cabeza,

señalaba sus facciones con un relieve que subrayaba su expresión. Visiblemente, ella misma estaba trastornada con solo nombrar al terrorista. El ciudadano Raillard no ejerce desde hace tres años, prosiguió. Pero está convenido con mi amo que en las circunstancias urgentes se le puede avisar... Si usted espera hasta mañana, el señor Couturier habrá vuelto á eso de las nueve...

— ¿Esperar hasta mañana? ¿Se podrá?... ¿Y si no fuera posible, qué hacer? ¿Dejaré á mi querida mujer morir quizás delante de mí y con ella al niño, sin llamar al único medico que hay á esta hora en la ciudad? Y llamarlo era enseñar este falso pasaporte á sus ojos de inquisidor; era recibir preguntas á las cuales había que responder. Á la menor sospecha era el arresto; era la muerte para mí, ciertamente, para la señora Fleury, sin duda, y sin duda también para las dos humildes hermanas de las cuales una nos había recogido cuando yacíamos en la nieve y la otra nos albergaba ahora. Devorado por la inquietud, con ¡qué carrera bajé hacia el barrio donde habitaba la señorita Bouveron y con qué angustia vi á la solterona adelantarse á mi encuentro hasta el umbral de la puerta! Ya me interrogaba ella:

— La señora acaba de estar muy mal, decía. Estoy segura de que esta noche va á dar á luz. ¿No trae usted al señor Couturier?... Y cuando le hube explicado el resultado de la visita: ¡ El señor Raillard! expresó horrorizada. Repitió: ¡ El señor Raillard! Él ha sido quien ha hecho arrestar y guillotinar al señor François... ¡ Ah, señor, si solamente se entera de que está usted aquí y la señora, son ustedes muertos!

Con este grito de angustia entré yo en la habitación. Enriqueta, acostada en una cama, tenía la agonía pintada en la cara. Sus facciones descompuestas, su tez lívida, la fijeza y el espanto pintados en los ojos, el movimiento de los párpados, los dedos crispados en la manta, anunciaban la inminencia de una de estas crisis nerviosas que acompañan á menudo á los partos prematuros. Me conoció y me indicó por señas que no podía hablar. Tenía la respiración entrecortada y la mandíbula contraída. Tuvo la fuerza de tomar mi mano que se colocó en el pecho. Sentía las pulsaciones de todo su cuerpo como el

calor de sus dedos quemados por la fiebre. Sin embargo, mi presencia la alivió. Las sacudidas que agitaban sus miembros, contuvieronse durante unos instantes. Respiró con más regularidad y se volvió hacia la pared como procurando dormir. Después de diez minutos de este falso sueño, nuevos fenómenos manifestáronse que no podían dejar ya la esperanza de poder aguardar hasta el otro día. Volvían más violentas las convulsiones, se calmaron otro rato para volver más fuertes cada vez. La buena Bouveron iba y venía de la cocina á la cama, proponiéndome uno tras otro todos los remedios que le sugería su experiencia de comadre de aldea. Su espanto aumentaba el mío á causa de un detalle muy pequeño, pero muy significativo. Evidentemente pensaba que mi mujer iba á morir y, sin embargo, seguía sin pronunciar siquiera el nombre de Raillard. Conociéndolo, consideraba pues como inútil toda apelación á la piedad del revolucionario. ¿Qué podía ocurrir, pues, si me dirigía á él? ¿Que me hiciera arrestar en el acto como sospechoso y que mi mujer agonizara sola? Nuestra situación era bien horrible; pero separados, sería peor. No; yo no debía correr este riesgo más espantoso que todos los demás y repetía el grito de antes del encuentro con la señora Poirier: « ¿Qué hacer? ¿qué hacer?... »